

LA TEOSOFÍA Y LAS IGLESIAS

Traducido por J. Molina, Febrero–Marzo, 1895

2

LA TEOSOFÍA Y LAS IGLESIAS

Carta al Arzobispo de Canterbury

SR. PRIMADO DE INGLATERRA:

Por medio de esta carta abierta, dirigida a Vuestra Gracia, nos proponemos daros a vos, al clero, a sus ovejas y a los cristianos en general –que nos consideran como enemigos de Cristo– una breve idea de la posición que la Teosofía ocupa, con respecto al Cristianismo; pues creemos llegado el tiempo para hacerlo.

Sin duda sabe Vuestra Gracia que la teosofía no es una religión sino solo una filosofía, a la par religiosa y científica; y que lo más importante de la Sociedad Teosófica se propone, es hacer revivir en cada una de las religiones el espíritu que las anima, fomentando y auxiliando la investigación del verdadero significado de sus doctrinas y preceptos. Saben los teosofistas que cuanto más profundamente se penetra en el significado de los dogmas y ceremonias de todas las religiones, mayor crece su aparente y fundamental semejanza. hasta que al fin se obtiene la percepción de su fundamental unidad. Esta base común no es otra que la Teosofía –La Doctrina Secreta de todos los tiempos, la cual, diluida y disfrazada para amoldarse a la capacidad de la multitud y a las exigencias de las diversas épocas, ha constituido el núcleo viviente de todas las religiones. –Las ramificaciones de la Sociedad Teosófica están constituidas respectivamente por budistas, indios, mahometanos, parsis, cristianos y libre pensadores, los cuales, unidos como hermanos trabajan en el terreno común de la teosofía; y precisamente por no ser la Teosofía una religión, y no poder constituir para la multitud una religión, el éxito de la Sociedad ha sido tan grande, no solo en lo que se refiere al n° de miembros y extensión de su influencia, sino también en lo relativo a la realización de la empresa comenzada: la reanimación de la espiritualidad religiosa, y el cultivo del sentimiento de FRATERNIDAD entre los hombres.

Nosotros los teosofistas creemos que una religión es un incidente natural en la vida del hombre en su presente estado de desenvolvimiento, aunque en raras ocasiones puedan existir individuos que nazcan sin sentimiento religioso, toda humanidad debe tener una religión, o lo que es lo mismo, un lazo de unión, so pena de decadencia social y material aniquilamiento. Creemos que ninguna doctrina religiosa puede ser mas que una tentativa encaminada a representar a nuestra limitada comprensión actual, con los términos de nuestras experiencias terrestres, grandes verdades cósmicas y espirituales, las cuales, en nuestro estado normal de conciencia mas bien sentimos de un modo vago, que las percibimos y comprendemos realmente; y una revelación, si ha de revelar algo debe necesariamente a las exigencias mundanas de la inteligencia humana. Según nosotros, por tanto, ninguna religión puede ser verdadera en absoluto, ni puede ser en

H. P. BLAVATSKY La Teosofía y las Iglesias

3

absoluto falsa. Una religión es verdadera proporcionalmente a la manera con que satisface las necesidades espirituales, morales e intelectuales de su época, y coadyuva al desarrollo de la humanidad en tales sentidos. Es falsa en proporción a lo que detiene

aquel desarrollo, y ofende a la naturaleza espiritual, moral e intelectual del hombre. Las ideas trascendentalmente espirituales de los poderes que rigen al universo, sostenidas por un sabio oriental, serian una religión tan falsa para el salvaje africano, como el miserable fetichismo lo seria para el sabio, si bien ambas opiniones deben ser ciertas en sus grados respectivos, puesto que las dos representan las ideas mas elevadas sobre los mismos hechos cósmico–espirituales que respectivamente ambos individuos pueden concebir; hecho que, por otra parte, jamás podrán ser conocidos en su completa realidad por el hombre, mientras no sea mas que un hombre.

Los teosofistas representan, por tanto, todas las religiones, y la moral religiosa de Jesús les inspira una profunda admiración. No podía ser de otra manera, desde el momento en que esas enseñanzas que hasta nosotros han llegado, son las de Teosofía. Hasta el punto, pues, en que el moderno Cristianismo mantiene bien sus pretensiones en cuanto a ser la religión práctica enseñada por Jesús, los teosofistas están con él en cuerpo y alma. En el punto en que es contrario a aquella moral pura y sencilla, los teosofistas son sus adversarios. Cualquier cristiano puede, si quiere, comparar el sermón de la Montaña con los dogmas de su Iglesia; y el espíritu que él mismo respira, con los principios que animan a la actual civilización cristiana y que gobiernan su propia vida, y entonces podrá juzgar por sí mismo hasta qué punto la religión de Jesús entra en su Cristianismo, y hasta qué punto, por tanto, él y los teosofistas coinciden. Pero los cristianos que de tales se aprecian, y especialmente el clero, repugnan hacer esta comparación. A modo de comerciantes que temen encontrarse en bancarrota, tienen el temor de descubrir en sus cuentas una discrepancia que no pueden corregir con el asiento de partidas efectivas para satisfacer responsabilidades espirituales. La comparación entre las enseñanzas de Jesús y las doctrinas de las iglesias, como quiera que sea, ha sido hecha con frecuencia – y repetidas veces con gran sabiduría y sagacidad crítica – tanto por aquellos que quisieran suprimir el Cristianismo, como por los que pretenden reformarlo; y el resultado total de estas comparaciones, como debe Vuestra Gracia saber perfectamente, viene a probar que, casi en todos sus puntos, las doctrinas de las iglesias y las practicas de los cristianos, están en *directa oposición con las enseñanzas de Jesús*.

Acostumbramos decir al budhista, al mahometano, al indio o al parsi: “El camino hacia la Teosofía existe para vosotros por medio de vuestra propia religión.” Y decimos esto, porque las creencias de aquellos poseen una profunda significación filosófica y esotérica, que explica las alegorías bajo las cuales son presentadas al pueblo; pero no podemos decir lo mismo a los cristianos. Los sucesores de los Apóstoles no han tomado acta jamás de la *doctrina secreta* de Jesús – los “misterios del reino de los cielos” – los cuales solo era dado a ellos (sus Apóstoles) conocer (*Marcos IV, II. Mateo XIII, II, Lucas*

VIII, X) Aquellos misterios han sido descartados, desvanecidos, deshechos. Lo que la corriente del tiempo ha arrastrado hasta nosotros han sido las máximas, parábolas, alegorías y fábulas que Jesús destinaba a los espiritualmente sordos y ciegos; y para ser H. P. BLAVATSKY La Teosofía y las Iglesias

4

últimamente reveladas al mundo, las cuales el moderno Cristianismo, o bien toma literalmente, o las interpreta de conformidad con las fantasías de los Padres de la Iglesia secular. En ambos casos son como flores cortadas: encuéntrense separadas de la

planta en que crecían, y de la raíz de donde aquella planta recibía la vida. Así, pues, si nosotros alentásemos a los cristianos, como hacemos con los fieles de otras creencias, al estudiar por sí mismo su propia religión, no sería la consecuencia el conocimiento de la significación de sus misterios, sino ya la vuelta a la superstición e intolerancia de la Edad Media, acompañada de una formidable irrupción de oraciones puramente vocales, como ha sucedido en la formación de las 239 sectas protestantes de Inglaterra, o ya un gran aumento de escepticismo, porque los fundamentos esotéricos del Cristianismo, no son conocidos de aquellos que lo profesan. Pues vos, mi Señor Primado de Inglaterra, debéis estar tristemente convencido de que no conocéis más, acerca de aquellos “misterios del reino de los Cielos”, que Jesús enseñaba a sus discípulos, que lo que sabe el más humilde y el más ignorante de los miembros de vuestra iglesia.

Por tanto, se comprende fácilmente que los teosofistas nada tengan que decir en contra del sistema de la Iglesia Católica Romana de prohibir, o de las iglesias protestantes de desautorizar las investigaciones privadas sobre la significación de los dogmas “Cristianos”, lo cual corresponde al estudio esotérico de otras religiones. Con sus ideas y conocimientos actuales, los cristianos que de tales se precian, no se encuentran preparados a emprender un examen crítico de su fe con esperanza de buenos resultados.

El efecto inevitable sería la paralización mas bien que el estímulo de sus sentimientos religiosos adormecidos, puesto que la exégesis bíblica y la mitología comparada, han demostrado de modo concluyente, por lo menos a aquellos que no tienen interés alguno preconcebido, espiritual o temporal, en el mantenimiento de la ortodoxia, que la religión cristiana, tal como en la actualidad existe, se compone de cortezas del judaísmo, de recortes del paganismo y de los mal digeridos residuos del gnosticismo y del neoplatonismo. Este curioso conglomerado que por sí mismo ha ido formándose gradualmente en torno de las sentencias de Jesús, consignadas en los Evangelios, ha comenzado ahora, después del transcurso de siglos, a desintegrarse y a desmoronarse en torno de las puras piedras preciosas de la Teosofía verdadera, a las que por tanto tiempo había agobiado y ocultado, aunque sin poder desfigurarlas ni destruirlas. Pero la Teosofía no solamente libraré a aquellas piedras preciosas del destino que amenaza a los escombros, entre los cuales, durante un largo periodo se hallarán confundidas, sino que, además, salvará a estos mismos escombros de la completa condenación; pues demuestra que el resultado de crítica bíblica está muy lejos de ser el último análisis del Cristianismo, desde el momento en que cada una de las piezas que componen el curioso mosaico de las iglesias, perteneció en un tiempo a una religión que poseía un significado esotérico. Únicamente, cuando estas piezas se restituyan a los lugares que originalmente ocupaban, podrá ser percibida su significación oculta, y comprendido por tanto el verdadero significado de los dogmas del Cristianismo. El hacer todo esto, como quiera que sea, requiere un conocimiento de la Doctrina Secreta tal como existe en los fundamentos esotéricos de las demás religiones; y la razón de no hallarse este

H. P. BLAVATSKY La Teosofía y las Iglesias

5

conocimiento en manos del clero, es que la Iglesia escondió la clave desde sus primeros tiempos, y desde entonces quedó perdida para sus secuaces.

Vuestra Gracia comprenderá ahora por qué la Sociedad Teosófica ha adoptado como uno de sus tres “objetos” el estudio de aquellas religiones y filosofías orientales, que

tanta luz arroja sobre la significación interna del Cristianismo, y esperamos percibirá Vuestra Gracia también que no nos conducimos como enemigos, sino como amigos de la religión enseñada por Jesús, el verdadero Cristianismo, en una palabra. Pues únicamente por medio del estudio de aquellas religiones y filosofías, pueden los cristianos llegar a la comprensión de sus propias creencias, a ver la significación oculta de las parábolas y alegorías que el Nazareno recitaba a los espiritualmente lisiados de Judea, las cuales, tomadas ya al pie de la letra, ya de modo fantástico por las iglesias, han caído por culpa de éstas en el ridículo y en el desprecio, y han puesto al Cristianismo en serio peligro de completa ruina, minado, como se encuentra, por la crítica historia y por las investigaciones mitológicas, además de estar quebrantado por el poderoso martillo de la moderna ciencia. ¿Deberán, pues, los cristianos considerar a los teosofistas como enemigos suyos, porque creen que el Cristianismo ortodoxo es un todo opuesto a la religión de Jesús, y porque tienen el valor de decir a las iglesias que son traidoras al MAESTRO a quien se vanaglorian en reverenciar y servir? Muy lejos de esto, a la verdad. Los teosofistas saben que el mismo espíritu que animó las palabras de Jesús, yace latente en los corazones cristianos, como existe naturalmente en los corazones de todos los hombres. El principio fundamental de sus doctrinas es la *Fraternidad del Hombre*, cuya realización final es solamente posible por medio de aquellos que mucho tiempo antes de Jesús se conocía como el “Cristo – espíritu”. Este espíritu existe en potencia en el corazón de todos los hombres, y se desarrollará obrando de un modo activo, cuando caigan las barreras de odio y de hostilidad levantadas por príncipes y sacerdotes, y queden libres de los seres humanos para comprenderse, apreciarse y simpatizar mutuamente. Sabemos nosotros que los cristianos en sus vidas se elevan con frecuencia por encima del nivel de su Cristianismo. Todas las iglesias cuentan en su seno muchos hombres y mujeres nobles, dotados del espíritu de sacrificio, virtuosos y fervientes para hacer bien a su generación, en proporción de sus luces y medios, y llenos de aspiraciones por cosas más elevadas que las de la tierra, secuaces de Jesús, en una palabra, a despecho de su Cristianismo. Por todos ellos sienten los teosofistas la más profunda simpatía; porque únicamente un teosofista o una persona de la delicada sensibilidad y grandes conocimientos teológicos de Vuestra Gracia, puede apreciar con justicia las tremendas dificultades con que tiene que luchar la tierna planta de la piedad natural, cuando violenta su raíz en el ingrato suelo de nuestra cristiana civilización, y trata de florecer en la fría y árida atmósfera de la teología. ¡Cuán duro, por ejemplo, debe ser “amar” a un Dios tal como el descrito en un párrafo muy conocido de Herbert Spencer!

“La crueldad de un Dios Figiano, que al devorar las almas de los muertos, puede suponerse les causa torturas sólo mientras dura el banquete, es pequeña comparada con la crueldad de un Dios que condena a los hombres a torturas eternas... El descenso sobre los descendientes de Adán a través de centenares de generaciones, de castigos terribles, por una pequeña

H. P. BLAVATSKY *La Teosofía y las Iglesias*

6

trasgresión no cometida por ellos; la condenación de todos los hombres que no se han aprovechado de un pretendido modo de obtener el perdón, acerca del cual la mayor parte de ellos no han oído hablar siquiera, y él hecho de efectuar la reconciliación, sacrificando a un hijo que era perfectamente inocente, para satisfacer la supuesta necesidad de una víctima propiciatoria, son procedimientos que, atribuidos a un legislador humano, inspirarían sólo expresiones de aborrecimiento”¹.

Vuestra Gracia dirá, sin duda alguna, que Jesús jamás enseñó el culto de un dios tal

como éste. Lo mismo decimos nosotros de los teosofistas.

Y sin embargo, este es el dios cuyo culto es oficialmente dirigido en la catedral de Canterbury, por vos, Sr. Primado de Inglaterra; y Vuestra Gracia seguramente convendrá con nosotros en que debe haber ciertamente una chispa divina de intuición religiosa en los corazones de los hombres que les permita resistir, también como lo hacen, a la mortal acción de una teología tan ponzoñosa.

Si Vuestra Gracia, desde su elevado solio, lanza una mirada alrededor suyo, contemplará una civilización cristiana, en la cual una lucha frenética y despiadada de hombre contra hombre es no solo el rasgo distintivo, sino que además domina como principio reconocido. Es hoy día un axioma científico y económico por todos aceptado, que todo progreso se obtiene por medio de la lucha por la existencia y merced a la supervivencia del más adecuado; y los más adecuados para sobrevivir en esta civilización cristiana, no son por cierto los que poseen las cualidades que la moralidad de todas las épocas ha reconocido como las más excelentes –no el generoso, el piadoso, el de noble corazón, el que perdona, el humilde, el veraz, el honrado y el bondadoso– sino los fuertes en egoísmo, en astucia, en hipocresía, en fuerza brutal, en falsas pretensiones, en crueldad, avaricia: los que no conocen el remordimiento. El espiritual y el altruista son “los débiles”, a quienes las “leyes” que gobiernan al mundo dan por alimento al egoísta y al materialista “al fuerte”. Que la “fuerza es derecho”, es la única conclusión legítima, la última palabra de la ética del siglo XIX; porque el mundo se ha convertido en un enorme campo de batalla, al cual, los más adecuados, descienden a manera de buitres para vaciar los ojos y despedazar los corazones de aquellos que en el combate han sucumbido. ¿Pone fin la religión a la batalla? ¿Ahuyentan las iglesias a los buitres, o consuelan al herido y al moribundo? En general, la religión hoy día no pesa en el *mundo* lo que una pluma, cuando ventajas mundanas y placeres egoístas se colocan en el otro platillo de la balanza; y las iglesias son impotentes para hacer revivir el sentimiento religioso entre los hombres, porque sus ideas, sus conocimientos, su sistema y sus argumentos son los de las Edades Negras. Mi Sr. Primado, Vuestra Gracia está quinientos años atrasados con respecto a los tiempos.

Mientras los hombres discutieron acerca de si éste o aquél dios era el verdadero, o sobre si el alma iba a éste o al otro lugar después de la muerte, el clero comprendía la cuestión y poseía argumentos a mona –el silogismo o el tormento, según el caso;– pero ahora, después de todo, lo que se pone en tela de juicio o se niega, es la existencia de

1 Religión: a Retrospect and a Prospect

H. P. BLAVATSKY La Teosofía y las Iglesias

7

Dios o de cualquier especie de espíritu inmortal. La ciencia inventa nuevas teorías acerca del Universo, en las cuales se omite con desprecio la existencia de dios alguno: sientan los moralistas sus teorías éticas o relativas a la vida social, y en ellas no se presupone la existencia de ninguna vida futura; en física, en psicología, en derecho, en medicina, lo único que a cualquier profesor le da títulos para ser escuchado, es que no figure entre sus enseñanzas ninguna referencia, sea la que fuese con relación a la Providencia o a alma. El mundo es conducido rápidamente a la convicción de que Dios es una concepción mítica que carece de fundamento en el terreno de los hechos, que carece de lugar alguno en la Naturaleza; y que la parte inmortal del hombre es un sueño frívolo de ignorantes salvajes, perpetuado por los embustes y fraudes de los sacerdotes, los cuales obtienen una gran cosecha cultivando los terrores de los hombres, con la idea

de que su mitológico Dios atormentará a sus imaginarias almas por toda una eternidad en un fabuloso infierno. En presencia de todas estas cosas, el clero permanece hoy mudo e impotente. La única contestación que conocía la Iglesia para responder a “objeciones” como éstas, era el *potro y la hoguera*; mas ya no puede en la actualidad hacer uso de tal sistema de lógica.

Claro es que si el Dios y el alma que las iglesias enseñan son entidades imaginarias, entonces la salvación y condenación cristianas son meras ilusiones de la mente, producidas por el proceso hipnótico de aserción y sugestión, empleado en gran escala, obrando acumuladamente sobre generaciones de bondadosos “históricos”. ¿Qué contestación tenéis para la teoría de la religión cristiana, sino la repetición de afirmaciones y sugestiones? ¿De qué medios disponéis para devolver a los hombres sus antiguas creencias, más que de la revivificación de hábitos antiguos? “construid más iglesias, recitad más oraciones, estableced más misiones, y vuestra fe en la condenación y en la salvación se revivirá, siendo el resultado necesario el renovar la creencia en Dios y en el alma.” He aquí el sistema de las iglesias, y su única contestación al agnosticismo y al materialismo. Pero debe saber Vuestra Gracia, que el parar los ataques de la ciencia y crítica modernas, con armas tales como la afirmación y la costumbre, es atacar cañones de posición con lanzas y escudos de cuero. Como quiera que sea, a medida que el progreso de las ideas y el desarrollo de los conocimientos van minando la teología popular, cada descubrimiento de la ciencia, cada nueva concepción del avanzado pensamiento europeo, aproximan más el siglo XIX a las ideas de lo Divino y Espiritual, conocidas por todas las religiones esotéricas y por la Teosofía.

Pretende la Iglesia, que el Cristianismo es la única religión verdadera, y esta pretensión lleva consigo dos proposiciones distintas; a saber: que el Cristianismo es la religión verdadera y que excepto él, no existe ninguna religión verdadera. Los cristianos no caen jamás en la cuenta de que Dios y el Espíritu pueden existir en cualquier forma distinta de aquella bajo la cual son presentados en las doctrinas de su iglesia. El salvaje llama ateo al misionero, porque no lleva un ídolo en su equipaje; y el misionero llama a su vez ateo a todo el que no lleva un fetiche en su mente; ni el salvaje ni el misionero cristiano sospechan que pueda existir una idea mucho más elevada que la que ellos tienen, del gran poder oculto que gobierna el Universo, al cual el nombre de “Dios” es mucho más aplicable .

H. P. BLAVATSKY La Teosofía y las Iglesias

8

Es muy dudoso, si las iglesias se toman mucho mas trabajo en probar que el Cristianismo “es verdadero”, o demostrar que cualquier otra especie de religión es necesariamente “falsa”; y las malas consecuencias de estas enseñanzas son terribles. Cuando las gentes desechan los dogmas, piensan haber descartado también el sentimiento religioso, y deducen que la religión es una cosa superflua en la vida; y al lanzar de si la carga creen que dan al viento fantasías terrenales que consumen la energía que con mas provecho debiera emplearse en la lucha por la existencia. El materialismo de esta época es, por tanto, consecuencia directa de la doctrina cristiana, de que no existe mas poder director en el Universo, ni otro espíritu en el hombre, que aquellos dados a conocer por los dogmas del Cristianismo. El ateo, pues, mi Señor Primado, es el hijo bastardo de la iglesia. Mas no es todo, Las iglesias no han enseñado jamás a los hombres ninguna otra razón mas elevada para que sean justos, bondadosos

y veraces, que la esperanza del premio y el temor del castigo; y desde el momento en que dejan libre el paso a la creencia en el capricho y en la injusticia divina, están minados los cimientos de su moralidad. Ni siquiera les queda la moralidad natural en que apoyarse con plena conciencia, porque el Cristianismo les ha enseñado a considerarla como indigna, en razón de la depravación natural del hombre. Por lo tanto el interés propio viene a ser el único motivo de su conducta; y el temor de que se descubra su culpabilidad, la razón única para huir del vicio. Así es que con respecto a la moral, lo mismo que en lo referente a Dios y al alma, el Cristianismo empuja a los hombres fuera del sendero del conocimiento; y les precipita en los abismos de la incredulidad, del pesimismo y del vicio. El último lugar a que acuden hoy DÍA los hombres en demanda de auxilio para librarse de los males y miserias de la vida, es la iglesia; pues saben que ni la erección de templos ni la recitación de letanías, influyen en lo más mínimo sobre los poderes de la Naturaleza, ni sobre los consejos de las naciones. Sienten instintivamente que desde el momento en que las iglesias han aceptado el principio de la propia conveniencia han perdido su poder de mover los corazones, y solo les es dado en la actualidad obrar en el plano externo, como sostenedoras de los agentes de policía y de los hombres políticos.

La función de la religión es consolar a la humanidad y darle alientos para la larga lucha que durante la vida tiene que sostener con el pecado y la miseria. Esto puede hacerlo únicamente presentándole nobles ideales de una existencia más feliz después de la muerte, y de una vida más digna en la tierra, conquistadas ambas por medio de esfuerzos conscientes. Lo que en la actualidad necesita el mundo, es que se le hable de la Divinidad y del principio inmortal del hombre, de una manera que por lo menos esté al nivel de las ideas y de los conocimientos de los tiempos. El Cristianismo dogmático no es apropiado para un mundo que razona y piensa. Únicamente aquellos que sean capaces de sumirse en un estado mental semejante al de la Edad Media, podrán reverenciar a una iglesia, cuya misión religiosa (en distinción de la social y la política) es mantener a Dios de buen humor, mientras los laicos hacen lo que creen que Él no aprueba, rogar por cambios de tiempo, y a veces dar gracia al Todopoderoso por los auxilios prestados para la matanza de enemigos. No son “hombres de medicina”, sino guías espirituales lo que el mundo ansía en la actualidad; un “clero” que le proporcione H. P. BLAVATSKY La Teosofía y las Iglesias

9

ideales apropiados a la inteligencia de este siglo, como lo eran el Cielo y el Infierno cristianos, y su dios y su demonio para los siglos de negra ignorancia y de superstición. ¿Cumple o puede cumplir este requisito el clero cristiano? La miseria, el crimen, el vicio, el egoísmo, la brutalidad, la falta de respeto y de dominio de sí mismo, cualidad característica de nuestra civilización, unen sus voces en un tremendo grito, y contestan: ¡NO!

¿Cuál es el significado de la reacción en contra del materialismo de cuyas señales está llena la atmósfera de nuestro siglo? Significa que el mundo ha llegado a estar mortalmente enfermo del dogmatismo, de la arrogancia, de la suficiencia propia y de la ceguera espiritual de la ciencia moderna, de aquella misma ciencia a quien los hombres todavía ayer saludaban como libertadora de la hipocresía religiosa y de la superstición cristiana, y la cual, a manera del diablo de las leyendas monacales, exige como precio de sus servicios, el sacrificio del alma inmortal del hombre. Y mientras tanto, ¿qué hacen

las iglesias? Las iglesias reposan sumidas en el dulce sueño de los emolumentos y de las influencias social y política, en tanto que el mundo, el demonio y la carne, se apropian sus palabras de consigna, sus milagros, sus argumentos y su fe ciega. Los espiritistas, ¿oh Iglesias de Cristo! han robado el fuego de vuestros alteres para iluminar sus salas de sesiones; los Salvadores os han arrebatado el vino sacramental para embriagarse espiritualmente en medio de las calles; el Infiel os ha despojado de las armas con que un tiempo vosotras les vencisteis y triunfante os dice: “Lo que vosotras decís, se ha dicho antes con frecuencia.” ¿Ha tenido el clero alguna vez tan magnífica oportunidad? Maduros penden ya los racimos de la viña, esperando únicamente que los legítimos vendimiadores los recoja. Si dieseis vosotras al mundo alguna prueba, al nivel de la inteligencia moderna, de que la Divinidad –el inmortal Espíritu en el hombre– tiene una existencia real como un hecho de la Naturaleza, ¿no os saludarían los hombres como sus salvadores del pesimismo y de la desesperación, del enloquecedor y embrutecedor pensamiento de lo que no existe más destino para la humanidad que la nada eterna, después de unos pocos años de angustias, trabajos y miserias ¿No os considerarían como sus libertadores del afán aterrador de goces materiales y de progreso mundano, que es la consecuencia directa de mirar esta vida mortal como fin y totalidad de la existencia?

Pero las Iglesias no poseen ni el conocimiento, ni la fe necesarias para salvar al mundo; y quizás vuestra Iglesia, mi Sr. Primado, menos que todas, con su piedra miliar de 8.000.000 de libras anuales colgada al cuello. En vano procuráis aligerar la embarcación lanzando al agua la carga de doctrinas que vuestros antecesores consideraron vitales para el Cristianismo. ¿Qué más puede hacer ahora vuestra Iglesia que correr el temporal a palo seco, mientras el clero trata débilmente de tapar las vías de agua con la “versión revisada” procurando con peso muerto social y político impedir que la embarcación zozobre, y que su cargamento de dogmas y de sueldos se vayan al fondo?

¿Quién ha construido la catedral de Canterbury, mi Sr. Primado? ¿Quién ha inventado y dado vida a la gran organización eclesiástica que hace un arzobispo de Canterbury H. P. BLAVATSKY La Teosofía y las Iglesias

10

posible? ¿Quién ha colocado los cimientos del vasto sistema de contribución religiosa, que os concede 15.000 libras al año, y un palacio? ¿Quién ha constituido las formas y ceremonias, las oraciones y letanías, que ligeramente alteradas y despojadas de arte y de ornamentación constituyen la liturgia de la Iglesia de Inglaterra? ¿Quién ha arrancado del pueblo los orgullosos títulos de “teólogo reverendo”, y de “Hombre de Dios”, que el clero de vuestra Iglesia con tanta confianza lleva? ¿Quién, después de todo, más que la Iglesia de Roma? Hablamos sin ningún espíritu de enemistad. La Teosofía ha visto el principio y el fin de muchas creencias religiosas, y de muchas más presenciará el nacimiento y la muerte. Sabemos nosotros que la vida de las religiones se halla sujeta a leyes fijas. Si vosotros heredasteis legítimamente de la Iglesia de Roma, o obtuvisteis lo que poseéis de modo violento, os dejamos lo decidáis con vuestros adversarios y con vuestra conciencia; porque nuestra actitud mental hacia vuestra Iglesia, se encuentra determinada por su utilidad intrínseca. Sabemos nosotros que si es incapaz de dar cumplimiento a la verdadera misión espiritual de una religión, será barrida sin remedio, aunque su deficiencia resida más en sus tendencias hereditarias y

en el medio en que se halla colocada, que en sí misma.

La Iglesia de Inglaterra, haciendo uso de una comparación vulgar, marcha a manera de un tren, gracia al movimiento adquirido antes de que se le quitase el vapor. Cuando dejó la vía principal, fue para tomar una lateral que a ninguna parte conduce. El tren ha llegado casi a una estación, y muchos de los pasajeros lo han dejado para tomar otros medios de transporte. Lo que en él quedan saben, en su mayor parte, que dependen de la pequeña cantidad de vapor que quedaba en la caldera cuando se apartó de los fuegos de Roma. Ahora sospechan que durante todo el tiempo pueden haber estado jugando al tren; pero el maquinista sigue haciendo sonar su pito, el revisor sigue examinando los billetes, los encargados de los frenos siguen haciéndolos funcionar, y después de todo no se pasa mal; pues los vagones son calientes y confortables, y el día es frío; y mientras los vehículos permanecen en buenas condiciones de comodidad y elegancia, todos los empleados al servicio de los viajeros, son muy amables. Pero aquellos que saben a donde necesitan ir, no están tan satisfechos.

Durante algunos siglos, la Iglesia de Inglaterra ha estado llevando a cabo la difícil empresa de hacer propaganda en dos direcciones al mismo tiempo, diciendo a los católicos-romanos “¡Razonad!” y a los escépticos: ”¡Creed!” El haber equilibrado la fuerza de su doble golpe, ha sido lo que durante tan largo periodo la ha salvado de caer de su fortaleza. Pero en la actualidad, la fortaleza misma cede bajo sus plantas. El desengaño y el malestar están en la atmósfera. ¿Y qué es lo que hace vuestra Iglesia en su propio favor? Clama su utilidad. *Útil* es el poseer un número de hombres ilustrados, morales y apartados del mundo, esparcidos por todo el país, que han impedido que el mundo olvide por completo el nombre de religión, y que actúan a manera de centros de una obra benéfica. Pero la cuestión de que en la actualidad se trata, no es ya de repetir oraciones y dar limosnas a los pobres, como sucedía hace quinientos años. La raza ha llegado a la edad de reflexión; ya piensa por sí misma, y sus individuos han tomado en sus propias manos la dirección, no solo de sus asuntos privados y sociales, sino además

H. P. BLAVATSKY La Teosofía y las Iglesias

11

de los espirituales; pues han convenido en que su clero no sabe más acerca de las “cosas de los Cielos”, que lo que saben ellos mismos.

Pero se dice que la Iglesia de Inglaterra se ha hecho tan liberal, que todos deben apoyarla. Cierto es que puede uno asistir a una excelente imitación de la misa, o sentarse bajo un virtual Unitario, y pertenecer, sin embargo, a su rebaño. Esta tolerancia bella, como quiera que sea, únicamente significa que la Iglesia ha visto que era necesario convertirse en una comunidad abierta, en cuyo seno pudiese construir cada uno su propia choza y verificar sus especiales ceremonias, con tal de unirse a la defensa de sus emolumentos. La tolerancia y la libertad son contrarias a las leyes de la existencia de toda iglesia que crea en la condenación por decreto divino, y su aparición en la Iglesia de Inglaterra no es signo de una vida que se renueva, sino de próximo desmoronamiento. No menos engañosa es la energía demostrada por la Iglesia en la construcción de templos. Si esto nos diese la medida de la vitalidad religiosa, ¡qué época tan piadosa no sería la presente! Jamás ha estado también alojado el dogma como ahora, aunque millares de seres humanos duerman en las calles, y perezcan literalmente de hambre a la sombra de majestuosas catedrales, construidas en nombre de Aquel que no tenía una piedra en donde apoyar su cabeza. ¿Pero dice acaso Jesús a

Vuestra Gracia, que la religión no reside en los corazones de los hombres, sino en templos fabricados con las manos? No podéis convertir vuestra piedad en piedra y usarla en vuestras vidas; y la historia demuestra que la petrificación del sentimiento religioso, es una enfermedad tan mortal como la orificación del corazón. Si las iglesias se multiplicasen cien veces más, y cada clérigo se convirtiese en un centro de filantropía, se lograría tan sólo la dispensa de cuidados que al pobre deben sus semejantes; pero no la instrucción espiritual, pues no es dado obtenerla de aquellos. Esto sólo conduciría a poner más de relieve la esterilidad espiritual de las doctrinas de la Iglesia.

Aproxímanse los tiempos en que se pedirá al clero cuenta de sus servicios. ¿Estáis preparado, mi Señor Primado, para explicar a VUESTRO MAESTRO, el por qué habéis dado a sus hijos piedras, cuando a gritos os pedían pan? Os sonreís en vuestra imaginaria seguridad. Durante muchísimo tiempo los servidores han vivido en orgía perenne en los aposentos internos de la casa del Señor, y están en la creencia de que Él no volverá jamás. Pero Él os ha dicho que volvería a modo de ladrón durante la noche, y ¡hele aquí! Está ya viniendo en los corazones de los hombres. Él viene ya a tomar posesión del reino de Su Padre, en donde solamente su reino existe. ¡Pero vosotros no le conocéis! Si las iglesias mismas no se encontrasen arrastradas por el torrente de negación y de materialismo que ha barrido a la sociedad, reconocerían el germen del Cristo-Espíritu, que viva y rápidamente se desenvuelve en los corazones de millares, a quienes en la actualidad anatematizan como a infieles y locos. Reconocerían allí el mismo espíritu de amor, de sacrificio, de inmensa piedad por la ignorancia, por la locura y por los sufrimientos del mundo, que en el corazón de Jesús aparecerían en su pureza, como habían aparecido en los corazones de otros Santos Reformadores en otras épocas, y el cual es la luz de toda religión verdadera, y la lámpara por medio de la cual los teosofistas de todos los tiempos ha tratado de guiar su pasos a lo largo del estrecho

H. P. BLAVATSKY La Teosofía y las Iglesias

12

sendero que a la salvación conduce, sendero que es recorrido por toda la encarnación de CHRISTOS o el ESPÍRITU DE VERDAD.

Y ahora, mi Señor Primado, hemos puesto respetuosamente ante Vos los principales puntos de diferencia y discrepancia existentes entre la Teosofía y las Iglesias Cristianas, y os hemos declarado la unidad que existe entre la Teosofía y las enseñanzas de Jesús. Habéis oído nuestra profesión de fe y reconocido los abusos y quejas que exponemos a la puerta del Cristianismo dogmático. Nosotros, un puñado de humildes individuos, sin riquezas ni influencia mundana, pero fuertes con nuestros conocimientos, nos hemos unido con la esperanza de llevar a cabo la obra que decís os ha encargado vuestro MAESTRO, pero que está tristemente descuidada por ese rico y dominante coloso, la Iglesia Cristiana. ¿Llamaréis a esto presunción? ¿Os aventuraréis, en este país de opinión libre, de libre discurso, de esfuerzo libre, a no concedernos más muestra de reconocimiento que el acostumbrado *anatema*, que la Iglesia tiene en reserva para el reformador? ¿O podemos esperar que las amargas lecciones que la experiencia de aquella regla de conducta ha dado a las iglesias, habrá cambiado los corazones y aclarado el entendimiento de sus legisladores; y que el próximo año de 1888, será testigo de que amistosamente y con buena voluntad nos tienden su mano los cristianos? Esto sería el justo reconocimiento de que la relativamente pequeña colectividad, conocida con el nombre de Sociedad Teosófica, no es ningún precursor del

Anticristo, ningún engendro del diablo, sino el auxiliar práctico, quizás el salvador del Cristianismo; y de que trata solo de llevar a cabo la obra que Jesús, como Buda, y los otros “hijos de Dios” que le han precedido, ha mandado a todos sus secuaces, la cual las Iglesias, por haberse convertido en dogmáticas, se encuentran imposibilitadas por completo de llevar a efecto.

Y ahora, si Vuestra Gracia puede demostrar que nosotros somos injustos con respecto a la Iglesia, de la cual sois Cabeza, o a la Teología popular, prometemos reconocer nuestro error públicamente. Pero, QUIEN CALLA OTORGA².

² La contestación todavía se espera. – N. del T.